



1. Pienso que el bien y el mal no son irrelevantes y hasta me atrevo a decir que no lo son para la mayoría de los hombres. Lo que no es válido ya es el modo de declarar algo bueno o malo.

Generalmente se ha acudido a la ley, la autoridad y la tradición como normas de moralidad, es decir, del discernimiento del bien y del mal. Creo que esto resulta hoy inaceptable para la mayoría de la gente. Se rechaza la imposición por vías extrínsecas a las de los propios valores: está legislado, está mandado, es costumbre. Se rechaza el carácter casi siempre negativo (prohibiciones) que estas vías adquieren. Se rechaza la falta de intervención de la persona en la determinación de lo que resulta bueno o malo. Se intuye que la felicidad tiene que ver con esta concepción sólo por conexión externa, es decir, vía premios o castigos, pero no está implicada directamente en la propia conducta elegida. El hombre moderno está ciertamente más allá del bien y del mal señalados por la ley, la autoridad y la tradición.

¿Queda el vacío o la búsqueda de caminos alternativos para la determinación del bien y del mal? Me inclino a decir que el vacío puede ser el resultado de la falta de capacidad colectiva para acompañar en este nuevo camino de búsqueda.

Pienso que el punto de partida personal para la determinación del bien y el mal es la *experiencia*. Sólo quien tiene experiencias humanas de solidaridad, puede entender que hay algo que contribuye al bien del hombre y en qué consiste, que hay algo que le daña y en qué reside. Quien acumula experiencias humanas profundas no necesita argumentos de autoridad para comprender que el hombre es el punto de referencia para el bien y para el mal. Y solamente quien tiene una experiencia religiosa de Dios, lo llega a percibir personalmente como comprometido con sus hijos, es capaz de entender cuánto significa para Dios colaborar o entorpecer su plan de vida, salvación y plenitud de los hombres. Sin ejercicio de experiencia humana o religiosa, no hay acceso hoy a la comprensión del bien y del mal.

Pienso además que por este camino se llega también a vislumbrar la relación intrínseca entre bien y *felicidad*, término éste tan púdicamente ausente e incluso con connotaciones peyorativas en los discursos morales al uso. Finalmente, es importante que el acercamiento de la moralidad al hombre y su alejamiento de la autoridad extrínseca, facilite la sana *relativización* o jerarquización del bien y del mal. Una fuente de desprestigio ha sido el absolutismo moral, el carácter inalterable y absoluto sin matices ni grados de aquello que tenía carácter de bien o mal por estar sencillamente mandado o prohibido.

2. En la sociedad española percibo yo dos vertientes del mal que tienen que ver directamente con la falta de consideración del hombre como valor supremo de moralidad. Son la *intolerancia* y la *injusticia social*. Hay muchos otros males o, mejor ausencia de bienes, derivados de estos polos y que dificultan la convivencia en paz y justicia.

La intolerancia tiene que ver con la identificación de idea y persona y con la absolutización de la propia idea como verdad absoluta. Se excluye a las personas y los grupos física, y ahora ya que no siempre física al menos moralmente, se les declara irrelevantes e incluso se les descalifica al grito de: yo y mis ideas o el caos. Eso origina un déficit impresionante de diálogo y de participación, y los proyectos que se proponen no despiertan el entusiasmo, cuando no se hacen valer contra los demás. La intolerancia más allá de sus consecuencias directas tiene que ver radicalmente con el desprecio del hombre y la primacía de la teoría. Es el triunfo del dogmatismo sobre la convicción.

Hay otro enorme triunfo sobre el hombre: la injusticia social. Se declara más importante el beneficio, el consumo, el bienestar creciente, que el compartir los bienes a que todos tienen derechos. En España, conseguida la democracia política —aún escorada de intolerancia— se ha avanzado poco e incluso se ha retrocedido en la democracia económica y en la disminución de las desigualdades sociales y culturales.



Un país que se acostumbra a la intolerancia y a la desigualdad, es un país en el que los valores que rigen están trastocados y por lo tanto no se puede esperar tampoco otros comportamientos éticos, porque falta su raíz: la consideración del hombre como punto de referencia y la igualdad de todo hombre en su dignidad.

3. Este punto es muy delicado y no me atrevo a hablar con seguridad. La culpabilidad puede ser declarada desde fuera, y en ese caso qué duda cabe que en muchas tramas del mal existe una responsabilidad que "otros" ven muy claramente y que luego queda cristalizada fatalmente.

Pero una característica esencial del pecado bíblicamente considerado es "la mentira". Una vez que es reconocido el pecado ya no tiene porvenir. Le es consustancial la mentira. Desde ese punto de vista, es apenas creíble que alguien realice alguna acción si no es bajo su aspecto de bien y por lo tanto difícilmente verá su culpabilidad y reconocerá su pecado.

Hoy conocemos mejor los condicionamientos políticos, económicos, culturales, religiosos, en el marco de los cuales nuestra libertad tiene un menor margen de maniobra de lo que creíamos. Pero la dificultad principal continúa siendo la más antigua: el carácter de mentira inherente al mal realizado impide se reconozca como culpa o pecado. Por eso, es difícil llegar a la verdad si no es desde otra experiencia, la del perdón y la gracia. Pienso que los recursos modernos han aumentado el carácter de mentira, la opacidad del pecado.

Pero el fenómeno es muy antiguo y sólo puede afrontarse desde experiencias de gracia y perdón.

4. No entiendo esta pregunta, de no ser que en vez de "modo mejor" quiera decirse "mundo mejor".

De ninguna manera creo que estamos al final, a condición de que no "cunda el pánico" y se realice una huida hacia atrás. La involución en cualquier sentido, eclesial o ideológico, no es en manera alguna solución.

A mí me sirven un par de consideraciones. No está en mis manos hacerlo *todo* (la utopía que en determinados momentos se nos ofrece cercana o al alcance de la mano, luego se aleja rápidamente), pero siempre puedo hacer *algo*. Lo propio de la fe cristiana no es asegurar el éxito en las tareas que nos proponemos en nombre de Jesús, sino el decirnos que ninguna situación está cerrada a la esperanza. Ni la más dramática que es la muerte personal o de nuestros proyectos. No jugar con alternativas globales (aunque sean un horizonte), sino con zonas más modestas y reducidas.

En segundo lugar, asumir que o soy feliz *ahora* —con crisis, insatisfacción, dificultades— o no lo seré nunca, si espero circunstancias distintas y nuevas. Sólo quien es feliz puede trabajar sin crispación por el cambio en este mundo.

Finalmente, no responsabilizarme *tanto* de un proyecto, que olvide que otros están *junto* a mí y *después* de mí en la historia, y que en último caso Dios es quien hace de *esta* historia, y no de otra, historia de *salvación*.

La dificultad y la frustración no quisiera que me hicieran pasota. Pero tampoco que no resultaran fecundas para examinar si en mis actitudes no hay desmesura y orgullo.

Jesús María ALEMANY

Centro Pignatelli
Zaragoza